

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUBVES

Puntos de Suscripción.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El saldo de una cuenta.—Dictado de los espíritus.—Comunicación.

EL SALDO DE UNA CUENTA.

Estando un verano en Deva, nos reuníamos varios bañistas por la tarde, y nos íbamos á pasear por sus pintorescas cercanías, llamándonos la atención un hombre joven, de porte distinguido, y de finas maneras, que rehusando la compañía de todos, se paseaba solo sin tomar nunca parte en las diversiones que proyectaban los demás.

Una tarde, contra su costumbre, se reunió con nosotros y comenzó á hablar de espiritismo y nos preguntó lo siguiente:

—¿V. es esa señora que escribe en los periódicos espiritistas?

—Si señor; le contestamos.

—¡Qué casualidad! replicó él, de haberla encontrado; hace algunos años que yo me quería poner en relacion con V.

—Sí... ¿y por qué?

—Por que sufría, y como se conoce que V. ha sufrido mucho, quería participarle mis penas para que me diera V. un consejo.

—¿Y le han pasados ya esas penas?

—Si no hubieran pasado, ¿cree V. que yo viviría?

—¿Tan grandes eran?

—Tan grandes; ¡V. no sabe lo que es despertar en una cárcel!.. ¡V no sabe lo que es perder en un momento lo que mas se ama, á lo cual le sacrifica el hombre toda su vida, todas sus aspiraciones, porque una buena reputacion es la mayor fortuna que el hombre puede tener.

—Ciertamente; y V....¿quizá?...

—Yo.... yo señora.... siempre he sido considerado como un hombre honrado; pero llegó un dia que no lo quiero recordar: y el joven se quedó profundamente pensativo.

Nosotros con aquellas palabras ya tuvimos bastante. Siempre deseamos saber historias tristes; y comprendimos que Julio Sandoval habia bebido mucha hiel en su vida: desde aquella tarde no desperdiciamos nunca la ocasion de hablar con Julio, y al fin conseguimos que una noche mientras los otros bañistas bailaban en la plaza, él nos contara, aunque muy á la ligera, una parte de sus sufrimientos, comenzando así:

—Crea V. amiga mia que deseo mucho ser espiritista, y en honor de la verdad, por gratitud siquiera debia serlo.

—¿Tanto le ha debido V. al espiritismo?

- Mire V., le debo la vida.
- Pues mucho le debe V.
- Ya lo creo, las obras de Kardec fueron mi salvacion, y algunos escritos de V. consiguieron despertar en mi mente una dulce esperanza. ¡Cuánto he sufrido!... ¡si usted supiera!...
- Pues eso queremos saber.
- Es que temo que V. sepa, por qué.....
- ¿Por qué? vamos á ver.
- Pero no, V. me conoce. V. ya sabe quien soy, sus amigos son mis amigos y...
- Sí Julio sí; comprendemos perfectamente que V. es lo que se llama una persona decente en toda la acepcion de la palabra.
- Siempre he tratado de serlo, por eso me fué más horrible la acusacion.
- ¿La acusacion de qué?
- Mire V. como tengo la cabeza, le cuento el final, y no le digo nada del principio.
- Pues serénese V., coordine sus ideas, y cuénteme algo de su historia.
- Mi historia es mas enredada que el célebre laberinto de Creta.
- Mejor, asi tendrá V. mas que contar, y yo más que escribir.
- ¿V. le dá importancia á los sueños.
- ¿A unos sí; y á otros no: pero hay sueños que son verdaderos avisos y se les puede llamar sin duda alguna, fotografías del porvenir.
- Sí que es verdad; mire V. yo una vez ví en mis sueños á mi padre: estaba muerto, una bala habia dejado honda huella en su cabeza: su rostro lívido se quedó tan grabado en mi imaginacion que cuando dos meses despues ví su cadáver, inmediatamente recordé mi sueño.
- Tuvo V. una revelacion, se puede decir.
- Y tanto que lo fué.
- ¿Pero no dá V. comienzo á su relato?
- Sí Amalia; sí; el sueño que le he dicho, es la introduccion.
- Pues adelante con el resto de esa historia.
- Bien triste por cierto; mi padre siempre tuvo la manía de suicidarse, y cuando le hacíamos observaciones contestaba: *¡que una vez muerto, la gente que dijera lo que quisiera!*
- ¿Estaba enfermo?
- Sí, hacia muchos años tenia lesionado el pulmon izquierdo, los mismos médicos al hacer la autopsia lo declararon; se empeñó en matarse, y como querer es poder, al fin consiguió aniquilar su cuerpo y destruir la tranquilidad de su familia; figúrese V. que se suicidó sin dejar como algunos una carta aclaratoria; mi madre habia salido, yo tuve la suerte que vino un amigo por mí, y me hizo levantar mas temprano que de costumbre, que en mi salida hubo mucho de providencial. Fuíme con mi amigo, anduve la *Ceca* y la *Meca*; y por último me fuí á la oficina, y mientras mi padre que estaba solo en casa puso fin á sus dias del modo mas raro que V. se puede imaginar: no usó ni arma blanca, ni arma de fuego, ni tomó ningun tósigo, ni se tiró al pozo, ni se arrojó por el balcon, todos esos medios los creyó vulgares sin duda.
- ¿Pues cómo se las compuso?
- Aceptó la moda nihilista, debió cojer una pequeña cantidad de dinamita, se fué á la cocina en cuyo fogon debia haber fuego, y cuando mi madre volvió que habia estado dos horas fuera de casa, al abrir la puerta se encontró el cadáver de mi padre bañado en sangre que yacia en el comedor con los piés dentro de la cocina, y la cabeza completamente destrozada. Yo estaba como le dije en la oficina cuando vinieron á decirme los vecinos de mi casa que me fuera con ellos, que mi padre estaba muy

malo. Yo que habia dejado á mi padre tranquilo en su cama, al oir decir que estaba muy malo, un pensamiento horrible me asaltó; y exclamé con profunda conviccion.— Mi padre es muerto; llegué á mi casa, me arrojé sobre el cadáver y le prodigué esas últimas caricias que desgarran el corazón del hombre, y al mismo tiempo miraba á mi madre y me decia á mí mismo: he aquí tu sueño. Todos decian que se habia matado de un tiro que habian oido una esplosion horrible. Mi madre, la pobre en cuanto abrió la puerta y vió aquel cuadro tan espantoso llamó á los vecinos, y lo que sucede en esos casos, ella fué la que menos vió á su marido; que nunca faltan almas compasivas en esos trances terribles. La justicia se apoderó de mi padre, lo llevaron á la casa de socorro diciendo los camilleros que aquel hombre se habia pegado un tiro y al ver los médicos aquella cabeza acribillada dijeron.—Aquí ninguna bala ha dejado su siniestro surco, este machacamiento ha sido producido por otra causa, una fuerza insólita ha contribuido á completar esta destrozo, aquí hay algo, y algo grave, gravísimo, y mientras la justicia comentaba, yo sin poderme explicar la causa, dejé á mi madre que estábamos en el piso frente al nuestro, y pasé á mi casa, mi madre gritaba: Detener á Julio que no entre en el cuarto; pero despues de esas grandes catástrofes queda tal aturdimiento, que nadie se ocupaba de mí, todos hablaban á la vez, y yo aprovechando tal confusion entré en mi piso y me senté en el comedor donde habia un gran charco de sangre diciendo entre mí:

¿Qué te queda de tu padre? ¡nada!.. ¡nada! únicamente un poco de ese líquido rojo que le daba vigor... ¡triste cosa! ¡ni un retrato! ¡ni un rizo de sus cabellos! ¡nada!.... pues es preciso que algo te quede, guardaré una poca de sangre; cogí un pomo y lo llené de aquel espeso líquido, cogí despues varias hojas de papel blanco, y mi diestra manchada la fui apoyando sobre todas ellas, y por último, pensé en mi hermano que estaba en Ultramar, y dije, él tambien debe tener un recuerdo; le escribiré una carta con la sangre de nuestro padre, y escribí una carta con aquella tinta roja.

Al hacer yo todas estas operaciones parecia como si una fuerza oculta me diera aliento, por que habia momentos que me dirigia á la puerta para salir y retrocedia, y me quedaba otra vez parado delante del charco de la sangre de mi padre, y así estuve no se cuanto tiempo, hasta que al fin vinieron por mí y yo me dejé conducir despues de haber hecho todas aquellas torpezas, que para mí entonces no lo eran, porque yo estaba muy satisfecho de poder tener algun recuerdo de mi padre.

Al dia siguiente vino la justicia, y registró mi casa, me hicieron mil preguntas disimuladamente, yo les expliqué todo lo que hecho con la sangre de mi padre, les enseñé el pomo, los papeles manchados y la carta para mi hermano, y con la mayor cortesía á mi madre y á mí nos invitaron á que fuéramos á declarar al Juzgado; salimos, y al ver que entrábamos en la cárcel mi pobre madre me dijo—¡Ay! Julio de mi alma, ¿dónde nos traen?—No tenga V. miedo le dijo yo, despues de prestar las declaraciones al juez saldremos y en paz; ¿que han de hacer con nosotros aquí? Y antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacian conmigo, me separaron de mi madre, me hicieron andar corredores y galerías y me encerraron en un calabozo donde los escarabajos y los ratones me dieron la bienvenida. Al verme allí dentro me quedé tan sorprendido, tan asombrado, que no sabia lo que pasaba por mí; me creía víctima de una horrible pesadilla y me restregaba los ojos fuertemente para despertarme. Recordaba mi vida de ayer tranquila y honrada, querido de mis padres y de mis jefes que yo estaba empleado en una de las dependencias del Estado, que manejaba grandes valores y tenian en mí completísima confianza. Yo decia: ¿Si habrán hecho algun robo en mi oficina? si me habrán preso por revolucionario? por que mis ideas en política son algo avanzadas, y yo figuraba en juntas y comités y hablaba mucho de libertad y de igualdad, y me llegué á convencer que mi prision era por causa política;

y hasta lamenté la suerte de mi madre y decía: ¡Pobre mujer! ayer la muerte te arrebato á tu marido, y mañana te quedarás sin hijo; que por lo menos me mandan á Filipinas: este sombrío calabozo sin una silla, sin una cama, indica que debo ser un reo de Estado, y pensando, y reflexionando pasé la noche y al día siguiente comparecí ante mis jueces, y éstos me hicieron saber que mi padre no se había suicidado, al oír esto salté de mi asiento y dije:

—¿Dónde? ¿dónde está el asesino? decídmelo, que solo á un hijo cumple vengar la muerte de su padre. Los jueces me miraban y para no cansarla, por que sería muy largo mi relato, le diré que despues de mil preguntas y repetidísimas declaraciones, al fin me dijeron que no habiéndose encontrado la menor huella de los asesinos, mi madre y yo éramos conceptuados como presuntos reos, y que el uno ó el otro habíamos hecho el crimen.

—¡Mi madre! dije yo, ¡pobre mujer! si ella durante los treinta años que estuvo unida á su marido, vivió con la mayor tranquilidad; si los dos se querían entrañablemente, si vivían el uno para el otro; ¿por qué al cabo de sus años esa horrible saña llevada hasta el crimen?—Pues entonces me dijeron, nadie puede ser mas que V. y todas las sospechas en V. recaen; todo le acusa, triste es decirlo; y ante la mirada escudriñadora de la ley, V. es el asesino de su padre.

—Esa acusacion caería sobre V. como plomo derretido.

—No sé lo que pasó por mí, Amalia, no lo sé; hay horas en la vida que no sé si son mas largas que los siglos ó mas cortas que los segundos; las sensaciones se multiplican de una manera asombrosa, se vive en un instante mas que en un centenar de siglos, y no sé como el cuerpo resiste tan encontradas emociones. Recuerdo que me llevaron á mi calabozo y como hacia varias noches que no dormía, no sé si me quedé dormido ó desmayado, lo que si sé que debieron pasar muchas horas, y cuando me di cuenta que vivía.... qué horrible es despertar en una cárcel! ¡qué horrible es, amiga mia! ¡que nadie se llame desgraciado si no se ha despertado en una cárcel!

—Tiene V. razon; dice V. muy bien; yo comprendo el suicidio, lo encuentro hasta lógico dentro de una prision.

—¡Ah! sí, sí, cuando estuve bien despierto me miré, me sonreí con lástima, y me dije á mí mismo: ¿Con qué eres un asesino? tus amigos lo creerán, los jueces dicen que tienen pruebas.... han encontrado sangre en un pomo, papeles manchados y una carta escrita con sangre, y ahora te pregunto yo: Tú que no podías ver ni la sangre de una gallina, que te horrorizabas si veías matar á un pichon, ¿cómo has tenido valor para manejar la sangre de tu padre y hacer tantas cosas con ella? ¿quién te aconsejaba? ¿quién te inspiraba? ¡yo entonces tenia una idea remotísima del espiritismo; ¿has obrado por tu voluntad? he aquí un misterio, pero un misterio infernal, y me perdía en conjeturas y me volvía completamente loco. Al cabo de ocho días me trajeron una cama, á los quince me cambiaron de calabozo, y por una fatal coincidencia, tantos presos vinieron que hasta en la capilla hubo que colocar gente, y yo fui uno de los que colocaron en aquel sitio, y para dormir, ¿sabe V. donde reclinaba mi cabeza? en un cajon que contenía las argollas, con que sujetan á los condenados á muerte, cuatro malhechores me acompañaban, y el mas culpable me decía:—Se conoce que tu es la primera vez que vienes á la cárcel, cuando hayas venido cinco ó seis veces, ya no te asustarás. Yo al oír aquel hombre, que tal vez me creía uno de tantos criminales sufría tan horriblemente, me hería de tal modo aquella humillacion, que pedía á gritos la muerte.

—Motivos tenia V. para pedirla.

—Que si los tenia.... no lo sabe V. bien; al fin cuando dejé de estar incomunicado vinieron á verme mis amigos, mis jefes, muchas señoras de la alta sociedad, y como creían que yo estaba medio loco no me quisieron poner en cuarto separado para que

no pusiera fin á mis dias, pero aquellas atenciones, aquel cariño producian en mi distintos efectos, á veces decia. ¿Si pensarán que soy un asesino, y me alargan la mano por un compromiso social? ¿toda esta gente qué pensará de mí? y durante tres años y ocho meses sufrí la prision preventiva, pasando en ese tiempo todos los tormentos del infierno. Cuando ya estuve en mi cuarto se armó un motin en la cárcel, y por arte del demonio, (como dirían los beatos,) aparecí yo como uno de los agitadores, y me castigaron haciéndome bajar al peor patio, donde no hay hombres, sino fieras, y por una amarga irrisión de la suerte, aquellos desgraciados me recibieron con palmas y olivas. Ellos creian que yo habia defendido sus derechos, y para no quedar entre sus manos hice el papel de insurrecto á las mil maravillas; y cuantas veces sentado en el suelo veía á aquellos leones entregarse al pugilato, otros blandian enormes cuchillos, y otros me traían el vaso de aguardiente para que brindara con ellos, y yo, que á semejanza de una mujer delicada nunca habia hecho uso de bebidas espirituosas, tenia que beber cuanto me presentaban, que comer en el mismo plato de otro, en fin Amalia, todas las contrariedades, todos los tormentos, todas las humillaciones, todas las agonías que puede sufrir un hombre las sufrí yo entonces; y en aquella época, cuando volví á mi cuarto leí las obras de Kardec, varios artículos de V. y me convencí que yo pagaba una deuda muy grande; cuando todo se conjuraba contra mí á pesar de estar atendidísimo de mis amigos y de mis jefes que no me abandonaron ni un segundo, que no se cansaron nunca de repetir que yo era inocente, y mi madre lo mismo; que la infeliz estaba presa como yo; y despues de mil peripecias á cual mas estrañas, tanto que hasta mis jueces le llevaban á mi causa, la causa de las estrañezas, al fin supe que no encontrando datos suficientes para declarar la culpabilidad de mi madre y la mia, seríamos absueltos.

Mis amigos querian ir á esperarme á la puerta con mas de cincuenta coches, con música, qué se yo lo que querian hacer; y yo les decia: Lo que habeis de prepararme es una buena habitacion en un manicomio; porque cuando yo recobre la libertad me volveré loco de alegría; y cuando mas planes hacian ellos, y yo contaba lejano el dia de mi salida, una noche á las 7 entró un preso político en mi cuarto, y estrechando mi mano con inusitada efusion me dijo:

—Vístete, tu madre te espera, ya eres libre.

—¡Como se quedaría V!...

—Al oír aquellas palabras, le puedo jurar Amalia que no sé lo que pasó por mí: me cojió tan de improviso, me quedé tan aturdido que entre los llaveros tuvieron que vestirme por que yo no sabia lo que hacia; no le diré mas que sin quitarme las zapatillas me empeñaba en ponerme las botas, y como un hombre ébrio me lancé á la escalera, y no me fracturé aquella noche una pierna por que Dios no quiso; saltaba los tramos y mi cuerpo como una pelota botaba contra la pared y mi fuerza de voluntad lo impelia de nuevo hasta que uno de los llaveros me gritó diciendo: acuérdate V. del consejo de su madre.—Al oír estas palabras me detuve, y recordé que siempre me decia en sus cartas.—Cuando te dén la libertad, baja contando los escalones, es el único favor que te pido hijo mio; y maquinalmente concluí de bajar la escalera despacio para caer en los brazos de mi pobre madre,

Rechinaron los cerrojos, las puertas se abrieron, dí algunos pasos... y me encontré en la calle, mi madre se apoyaba en mí y yo en ella, no podíamos andar, la emocion nos dominaba, mirábamos al cielo, despues en torno nuestro: ¡nadie nos esperaba! ¿Cómo habian de esperarnos ¡si nuestros amigos nada sabian! queríamos correr... volar... para dejar de ver los negros paredones de la cárcel; pero eran inútiles nuestros esfuerzos dábamos un paso, y retrocedíamos tres. Al fin tras de una marcha penosísima llegamos á casa de uno de mis más íntimos amigos; al cual cogí por mi cuenta,

y asido de su brazo me lancé á la calle para ir á ver á mi abogado, y grité y hablé, y cerrí, y durante muchos dias salia como un loco, me iba al campo y andaba, andaba hasta que el cansancio me rendia, y solo andando me convencia que no estaba preso, y aun todavía cuando veo un monton de piedras me gusta subir y bajar por ellas: el terreno llano me recuerda la cárcel y prefiero andar siempre por encima de los promontorios. ¿Qué le parece á V. tengo yo motivos para bendecir el espiritismo? por que si no hubiera sido por el estudio que hice de sus obras, le juro que en la cárcel pongo fin á mis dias.

—Y sobrados motivos tenia V. para ello.

—¿Qué si tenia?... no lo sabe V. bien.

—Se comprende que sufriria V. horribilmente.

—¿Qué si sufría? es necesario vivir dentro de un calabozo para comprender lo que sufre el hombre en uno de esos lugares nauseabundos. Primero me ví aislado con mis pensamientos, con mi fatal pregunta, que siempre me preguntaba. ¿Será cierto? ¿tendrán los jueces razon? ¿seré un asesino? ¡imposible! ¡imposible! ¡si yo queria mucho á mi padre! ¡si soy inocente. Pero... ¿de que me sirve serlo? ¡si la sociedad me cree culpable!... Despues... ¿sabe V. lo que es vivir entre asesinos? cuando algunos de aquellos hombres me decia: ¿No has matado mas que á tu padre? ¿habia testigos? si no los habia no tengas miedo. Yo al oír aquellas preguntas, al ver la seguridad que tenían de mi supuesto crimen, decia: Julio ¿qué haces? ¿no matas á este hombre? ¿no le confundes en un segundo? Mas ¡ay! que si le mato entonces si que seré un asesino, y yo no debo serlo; si yo ayer era un hombre honrado, ¿como he de descender hoy á cometer un crimen? ¡Yo no quiero matar, lo que quiero yo es morir!...

—¡Pobre amigo mio! ¡cuanto ha sufrido V!

—Mucho Amalia, mucho, pero al leer los libros de Kardec mis sienes dejaban de latir con violencia, y decia: si yo viví ayer, ¡quien sabe lo que hize! si cada cual recoge lo que siembra, ¡qué mal trigo sembré en mi pasada existencia! y en esta lucha pasé el tiempo de mi encierro; y hoy quiero ser espiritista siquiera por gratitud, por que al estudio del espiritismo le debo la vida.

—Ciertamente que se la debe V., muchos son los desgraciados que se la deben.

—Lo creo; yo no es que estuviera preparado para creer, por que era mas bien mateterialista que otra cosa, pero la fuerza de los hechos me ha hecho conocer que algo superior á mi inteligencia y á mi voluntad me hizo escribir aquella malhadada carta, y manchar aquellos papeles, y ponerme en contacto con lo que me inspiraba mas aversion, mas horror, con la sangre. Yo no estaba loco: ¿qué pasaba entonces por mí? ¿Por que ví á mi padre en mi sueño, del mismo modo que le ví despues? y otra infinidad de circunstancias que por la brevedad omito, y que me han convencido que los espíritus toman una parte muy directa en ciertos actos de nuestra vida.

—Así es Julio, así es; cuando el hombre tiene que pagar algo que debe, es necesario que todo se combine, que todo se relacione, y V. indudablemente tenia que sufrir lo que ha sufrido, cuando apesar de ser de buena familia, atendido y respetado en la sociedad, protegido por personas de valía, nada le ha valido para eximirse de la pena.

—Es cierto.

—V. quizá, seria en su vida pasa da un calumniador que haria la desgracia de muchas familias; y tal vez algunos seres estuvieron cerca del patíbulo por sus falsas acusaciones y V. ha tenido que dormir en la capilla de los ajusticiados para sentir la misma agonía de sus víctimas de ayer.

—Yo tambien creo lo que V. dice, y ahora, cuando pienso filosóficamente en mis sufrimientos me alegro de haber sufrido, por que como padecí tanto, comprendo que he pagado mucho, y crea V. que estoy contento, muy contento.

—Puede V. estarlo, por que el saldo de una cuenta nos deja libres. Ahora lo que á de procurar es no adquirir nuevas deudas, que las deudas se suelen contraer riendo, pero se pagan llorando.

No hemos vuelto á saber nada de Julio, pero confiamos que llegará á ser (si ya no lo es) un buen espiritista; nunca podrá olvidar el consuelo que encontró en las obras de Kardec, y aunque el hombre, con rarísimas escepciones generalmente es ingrato, pero con todo, Julio le debió mucho al espiritismo, por que el estudio de sus obras le evitó el cometer un crimen, le salvó de atentar á sus dias, y le dió resignacion bastante para esperar.

¡Bendita sea esa creencia racional que á tantos hombres ha separado del borde del abismo; porque hay situaciones en la vida, que si no hubiera la profunda conviccion de la supervivencia del alma, el hombre tendria un placer en destruir su organismo y acabar de una vez su agonía.

La situacion de Julio era una de ellas. Un hombre decente, una persona distinguida, en una buena posicion, entregado á ese trabajo que honra y no fatiga, considerado de sus jefes, amado de sus padres, querido de sus amigos, en lo mas risueño de la vida, en la hermosa juventud, y de pronto desaparecer de la sociedad y despertar en un calabozo, acusado de parricida: y tener que vivir tres años y ocho meses entre rufianes y bandidos, sufriendo todas las humillaciones, teniendo que amoldarse á aquellos usos brutales, y estar en amigable compañía con asesinos que le preguntaban: *¿No has matado mas que á tu padre? ¿hubo testigos?* Con esta horrible metamórfosis hay para volverse loco.

Nosotros, solo de pensar lo que sufriria nuestro pobre amigo, nos estremecemos y sentimos que nuestro corazon apresura sus latidos.

Prodiguemos cariño, y nos brindarán amor!

Sembremos deberes y recogáremos derechos, trabajemos mucho y seremos dueños de un gran capital, capital que nunca se disminuye, capital que nunca se pierde, capital que siempre se aumenta, por que el progreso tiene sus minas en el infinito!

¡Plegue á Dios que Julio sea uno de los grandes capitalistas del porvenir, y que no tenga que saldar ninguna otra cuenta acusado de parricidio!

¡Alma noble y leal! ¡cuánto! ¡cuánto debió sufrir!

AMALIA DOMINGO Y SOLEB.

DICTADOS DE LOS ESPÍRITUS.

Nació la flor en el verjel florido,
La tempestad sobre ella descendió;
Nació por la mañana, y por la noche
Su tallo doblégó.

¡Pobre flor que brotó sobre la tierra
Para caer rendida al vendabal,
Y regar con sus pétalos marchitos
La campiña feraz!

Nosotros, flores de la vida humana,
De recias tempestades al vaiven,
Tambien doblamos nuestra mústia frente:
Tenemos que ceder!.....

De crueles aluviones al embate,
Cercados por el llanto y el dolor,
Las hojas de la fé y de la esperanza
Del triste corazon

Vemos caer del arbol deleznable,

La existencia terrestre al avanzar;
Morimos, nos perdemos en la nada
De negra oscuridad!...

Pero luego la luz indeficiente
Ilumina radiante nuestra sien;
La vida empieza do la muerte acaba:
Expirar es nacer.

Nada fenece, nada se termina;
La flor del campo volverá á brotar,
Y el hombre que es la flor de la existencia,
Otra vez volverá.

Volverá á desplegar en otras vidas
La ciencia que ha adquirido en su niñez;
Y en este y otros mundos más perfectos
Descollará despues

Sigamos nuestra ruta: esta es la muerte;
Del alma aletargada es el erial;
Nuestra vida feliz, el infinito,
Se encuentra más allá!

Medium, Laurcana Wright de Kleinbans.

Méjico.—Agosto 8 de 1836.

COMUNICACION.

¡Amor! Santa y mágica palabra, dulce nota de las arpas celestiales pulsadas por los ángeles allá en las alturas; dime, que música habrá por armónica que sea que pueda nunca igualarse con tu melodioso acento? ¡no, no le hay! Tú eres el ruiseñor eterno cantando las armonías del Universo: tú eres la puerta del infinito por donde pasa la voz de Aquel que solo él te posee en absoluto: eres la gloria de los espíritus en el paraíso, en ese paraíso que se conquista por el progreso, y se gana por las virtudes de cada uno, muy diferente del que ofrecen las religiones á sus fieles adeptos.

El amor es la dulce y eterna emanacion del Padre Celestial hácia todos sus hijos: el hosanna vibrando eternamente en los espacios y en los mundos todos, pues si no fuera así, ¿qué sería de vosotros sin esa chispa divina que os alentara con sus rayos en vuestras tristes y miserables existencias? ¿qué sería repito, de vosotros sin esa dulce vibracion que va repitiéndose de eco en eco hasta el infinito, llevando vuestras quejas y plegarias al seno del Padre que mitiga vuestras penas.

Si hermanos míos, sabed que el amor es el que une á todos los seres de la Creacion, es la escala misteriosa que conduce á Dios, es la suave cadena que ata al esposo á su esposa, al padre á sus hijos, y al hermano á su hermano. Por lo tanto nunca maldigais la hora en que habeis amado, por que hayais recibido algun desengaño en vuestras afecciones, son espinas que hoy traspasan vuestros corazones en espacion de vuestras locuras pasadas y además, como progresaríais sino sintierais sus punzantes heridas? Y como os amaríais sin este lazo que á todos os une para comunicaros los unos con los otros para saber amaros, pues de lo contrario seríais peores que las fieras en los desiertos bosques.

Amad queridos míos, amad siempre, pues si hoy solo del amor sentís las espinas, mañana no lo dudeis, recojereis sus mas hermosas flores, y entonces le bendecireis.

Adios.

Medium ENRIQUETA.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 10.